

## EL CARNAVAL

### **Pseudónimo: Curiambro**

Desde que los curas y frailes mandaban menos tras la transición, las fiestas más sonadas en la provinciana ciudad eran las de carnaval. En los tres días festeros el vecindario enloquecía, alucinaba. No había persona que bien disfrazada, de lo que fuese, no cometiese todo género de locuras y excesos: se chingaba hasta la extenuación. Vamos, que la pacífica localidad se convertía en un muladar, cochiguera y prostíbulo por las cagadas, meadas, mascadas, condones y demás desperdicios echados en la vía pública y, al mismo tiempo, en corral de múltiples especies cornúpetas.

No faltaban, además de las expansiones populares del noble pueblo, fiestas de calidad y respeto -sólo por el nombre- en casinos, centros culturales o de ocio más a la antigua y finolis, así como banquetazos en mansiones cinco estrellas de los potentados locales, en las que no se jodía en directo, ni tan siquiera en el jardín, pero sí eran propicias para preparar fornicios.

En la fiesta del conocido financiero y multipropietario D. Zenon, ya en los postres, el magnate disfrazado de emperador romano, entre Nerón y Heliogalo, pronunciaba unas palabras de ofrecimiento, a la par que de autocomplacencia por sus desvelos por la ciudad y virtudes caritativas, a pesar de ser ateo -circunstancia que reiteraba en sus medios informativos locales-. Los comensales asentían con sonrisa bobalicona pero, sin perder ripio, llevándose a la boca dulces viandas. De repente, D. Zenon, comenzó a trastabillar (o trastabillar); sus coloridos mofletes de tono granate pasaron a rojo morado; agarrándose al mantel, cayó desplomado en el sitio de honor, expeliendo por su boca una nauseabunda materia pastosa, mezcla de jamón pata negra de Guijuelo, angulas de Aguinaga, langosta del Cantábrico, solomillo de ternera lechal cebada con cerveza, delicias orientales, vinos de gran reserva 1.986, champan Cristal de los zares, precisamente, esta bebida era la causa de la espumilla blancuzca.

-¡Un médico! ¡Un médico! –suplicaban a voces los comensales que no habían sufrido desmayo por la terrible y asquerosa visión.

-¡Id a buscar a D. Fredo! -gemía la esposa de turno, era la quinta- Él sabe lo que le pasa, encontradlo donde esté.

Sicarios y guardaespaldas, mozos de corte y cuadra, pinches y maritornes, chóferes y aurigas salieron de la mansión a tropel.

A las once y treinta y ocho minutos p.m., el más despejado de los sicarios, encontró al doctor Fredo, el mejor galeno del orbe, en el gran baile

de disfraces del Ayuntamiento, intentando ligarse a una damisela para después clavarla.

-¡Pero hombre, Alcapone! –así llamaban al sujeto.

-Esperen diez minutillos mientras cierro el trato. Además, tendré que cambiarme.

-¡Me cagüen la leche! ¡No hay tiempo! ¡Tira palante o te descojono aquí mismo!

Llegaron a la carrera. Entraron en el inmenso salón donde seguía tumbado el magnate en la gran mesa, sin atreverse a moverlo. Ya no había nadie: los invitados habían abandonado el horror, los criados y personal seguían buscando al doctor, sólo la esposa y dos guapas leonas, que ejercían en ritos de calentamiento, seguían velando.

El magnate, jadeante, abrió los ojos viendo a la pareja que se aproximaba a la carrera. Nuevamente, se agarró a los manteles, dio un tremendo alarido de espanto y murió con un rictus de horror en el rostro que nadie fue capaz de borrar. La esposa y las lobas también gritaron. El doctor, lívido, pronto encontró la etiología del caso: había entrado en el salón de sopetón, sin despojarse de su disfraz de satanás, todo de rojo y con el tridente en la mano.